Un sermón para el Domingo de la Misión Mundial

14 de febrero de 2021

Arcediano Paul Feheley

Encargado interino de Asociaciones Globales para África

Iglesia Episcopal

Una hermosa leyenda antigua cuenta cómo a Jesús, después de su ascensión al cielo, lo rodearon los santos ángeles que comenzaron a indagar sobre su quehacer en la tierra. Jesús les habló de su nacimiento, su vida, su prédica, su muerte y resurrección, y de cómo había logrado la salvación del mundo. El ángel Gabriel le preguntó: «Bueno, ahora que has terminado tu labor, ¿qué has planeado para garantizar que la verdad que llevaste a la tierra se extienda por todo el mundo? ¿Saben todos lo que hiciste por ellos?».

«Oh, no», dijo Jesús, «aún no. En este momento, solo un puñado de personas lo sabe». Gabriel estaba perplejo. «Entonces, ¿qué has hecho para que todos sepan acerca de tu amor por ellos?»

Jesús respondió: «Llamé a unos pescadores, a un recaudador de impuestos y a algunas mujeres para que anduvieran conmigo mientras cumplía la voluntad de mi Padre».

«Sí, sé de ellos», dijo Gabriel, «pero ¿qué más has hecho? ¿Qué otros planes tienes?»

Jesús le respondió: «Les he pedido a mis amigos que les hablen a otras personas acerca de mí. Aquellas a quienes se lo cuenten, les contarán, a su vez, a otras personas y mi historia se extenderá hasta los confines más lejanos del mundo. En última instancia, toda la humanidad habrá oído hablar de mi vida y de lo que he hecho».

Gabriel empezó a impacientarse. «¿Pero qué pasa si tus amigos se cansan? ¿Qué pasa si las personas que vienen después de ellos se olvidan? ¿Y si en el siglo XXI la gente simplemente no le habla a los demás sobre ti? ¿No tienes otros planes? ¿Cuál es el plan B?"

Jesús mirando fijamente a Gabriel, le dijo: «No tengo ningún plan B. Dependo de ellos».

Hoy, como ocurre anualmente en el último domingo de Epifanía, es el Domingo de la Misión Mundial. Nuestras lecturas bíblicas de hoy incluyen el pasaje de la transfiguración en Marcos. (9: 2-9)

Pedro, Santiago y Juan suben a la montaña con Jesús, y allí él se transforma, se transfigura, de una manera única y dramática ante sus ojos. Su ropa se torna «de un blanco deslumbrante» y Moisés y Elías, dos figuras importantes de la historia de Israel, se unen a Jesús en la montaña. Pedro, un discípulo propenso a sobresalir, quiere construir tres viviendas y quedarse en la montaña. No aspira a más que a un destello de gloria. Anhela quedarse bañándose en la luz de la grandeza de Dios. Mientras una nube los cubre, los discípulos escuchan una voz y palabras similares a las que se pronunciaron en el bautismo de Jesús: «Este es mi Hijo amado, escúchenlo». El último versículo de nuestro pasaje tiene a los cuatro bajando de la montaña y a Jesús ordenándoles que no le digan a nadie lo que habían visto hasta después de la resurrección.

Dos mil años más tarde, es poco probable que tengamos un momento de transfiguración como lo los tres discípulos. Sin embargo, lo que podemos ver son «destellos de gloria» en el mundo que nos rodea: en la heroica labor de personas generosas en el cuidado de los demás, en los trabajadores de vanguardia en los hospitales llenos de COVID, en el vecino que ayuda al vecino, en los maestros que se acercan a los estudiantes, en clérigos y trabajadores laicos que se esfuerzan al máximo porque la comunidad está necesitada. Al mirar a nuestro mundo y ver el amor, la compasión y la fe, muchas personas han visto y comprendido la voz que llamó a Jesús «el amado».

Debemos poder experimentar la maravilla y el misterio de Dios para vivir nuestras promesas bautismales. A lo largo de los años, muchos han cometido el error de asumir que la ordenación era el llamado al ministerio. De hecho, es el bautismo lo que nos convierte en misioneros. En el video del Domingo de la Misión Mundial, el Obispo Primado nos recuerda que una de las oraciones por los candidatos al Bautismo dice: «Envíalos al mundo en testimonio de tu amor».

El Papa Francisco en su encíclica *Evangelii Gaudium*, (El gozo del Evangelio) lo expresa de este modo: «En virtud de su bautismo, todos los miembros del pueblo de Dios se han convertido en discípulos misioneros. Todos los bautizados, cualquiera que sea su posición en la Iglesia o su nivel de instrucción en la fe, son agentes de la evangelización… » (art. 120).

La parodia infantil de invitar a la gente a una tienda de campaña para «ver a un misionero» cuando lo único que hay en la tienda es un espejo resulta increíblemente precisa.

En un mundo pandémico en el que las personas están aisladas unas de otras, fatigadas y luchando, los humanos aún enfrentan hambre, soledad, depresión y una serie de otras cosas que amenazan con abrumarnos. En este entorno se nos brinda una oportunidad sin precedentes para la misión. Las personas están dispuestas a escuchar las palabras, las acciones y el amor de Jesús como nunca antes lo habían hecho. Ya sea local, nacional o internacional, la necesidad de compartir nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor es primordial. Con demasiada frecuencia esperamos con cautela el gran momento para mostrar nuestra fe. El mundo que espera necesita que nos arriesguemos, que salgamos de nuestra zona de confort. ¿Qué pequeñas cosas podemos hacer con amor que revelen la presencia y el amor de Dios? ¿Qué gestos humildes debemos ofrecer que demuestren nuestra confianza en que Dios está con nosotros y para nosotros? Arriesgarse a fracasar, arriesgarse a decepcionarse, sobre todo arriesgarse a dejarse llevar y ver adónde nos lleva Dios.

La Iglesia Episcopal está ahí para ayudarles. Hoy, en el Domingo de la Misión Mundial, se estrena el *Conjunto de útiles digitales de la Misión Global*. Este trabajo es una colaboración de Asociaciones Globales, la Red Global de la Misión Episcopal y la Comisión Permanente de la Misión Mundial. Una amplia variedad de materiales resaltarán y nos ayudarán a entender que la misión significa estar presente con los demás, como Jesús estuvo presente con nosotros y que, como compañeros de misión, estamos dispuestos a escuchar, a trabajar y a compartir unos con otros.

En el vídeo del obispo Curry que antes mencionamos, él hace notar la grata coincidencia de que el Domingo de la Misión Mundial y el Día de San Valentín coinciden este año. Mientras que el día secular está dedicado «al amor romántico entre las personas», lo sagrado de este día nos muestra «hasta dónde llegaría el amor» al Jesús dar su vida por nosotros. Nuestro Obispo Primado hace referencia a la Última Cena y cita a Jesús: «Les doy un mandamiento nuevo, que se amen unos a otros. Así como yo los he amado, ustedes también deben amarse los unos a los otros. En esto todos conocerán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros». (Juan 13: 34-35) Se nos recuerda que es este amor incondicional el que Jesús nos dio, y que él se sacrificó por amor al mundo entero. Después de la resurrección de Jesús, el obispo Michael señala: «fue de ese tipo de amor del que él (Jesús) diría 'Ahora ustedes deben ser mis testigos' ... hasta los confines de la tierra en el siglo I y en el siglo XXI. Ustedes deben ser mis testigos».

Estamos llamados a cambiar nuestras vidas y cambiar nuestro mundo con nuestro testimonio para que el camino del amor y el camino del mundo sean uno. Las prácticas para una vida centrada en Jesús en el Camino del Amor del Obispo Primado: Cambiar - Aprender - Orar - Adorar - Bendecir - Ir - Descansar, nos capacitan para hacer precisamente eso mientras seguimos el camino amoroso, liberador y vivificador de Jesús.

En la antigua leyenda con que empezó este sermón, Jesús le dice a un Gabriel impaciente y preocupado: «No tengo un plan B. Dependo de ellos». En este Domingo de la Misión Mundial, y todos los días que siguen, esos «ellos» somos nosotros. Amén.